

LIBRO TERCERO.

De la crónica de la provincia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacan, de la regular observancia de N. P. S. Francisco. En que se contienen las vidas de algunos varones que en santidad resplandecieron en ella y de algunas cosas memorables y Custodia del Rio Verde.

CAPITULO I.

DEL MARTIRIO DEL SIERVO DE DIOS
FR. FRANCISCO DONCEL Y SU COMPAÑERO.

En aquel tiempo cuando la barbaridad del Chichimeco encarnizado con la sangre de Abel que fueron aquellos ministros Evangélicos protomártires del Occidente y primer moble de sus cielos, andaba como el cruento patricida Cain, montaraz y fugitiva por los montes asechando los puertos, caminos y pasages de los cristianos para despedazarlos y beberles la sangre en su

propio manantial. En este tiempo era guardian de la villa de San Felipe, el P. Fr. Francisco Doncel, religioso observantísimo y gran ministro de aquesta primer Iglesia, y por eso pudo conservarse en aquel puesto, frontera de Chichimecas y corazon de su barbarismo, donde á cada paso concurrían infinitos barbaros, y él veía la muerte á los ojos, con tan lindo semblante, que los temores de ella no eran sino deseos de beberla en el caliz del martirio, por desatar el nudo con su corona. Pero sazónólo Dios con mejor acuerdo, para que aquel Convento quedase primero constituido con las leyes de su ejemplo y radicado en el corazon de los adultos, y así la dilato á mejor ocasion. Viendo pues el siervo de Dios que el dechado de su predicacion era Cristo crucificado y que aquel Convento no le tenia trató de ir en persona con su compañero Fr. Pedro Burgense á Michoacan, aunque Gonzaga dice que á México á tratar ciertos negocios con el Virey que entonces gobernaba, que era D. Martin Enriquez; pero la derrota que llevaban era la de Michoacan, y así me persuado á esto segndo, por cuanto el Cristo que llevaban, era de los que se hacían en la Provincia. Iendo pues, con la hechura y con escolta de soldados para defender algun asalto no profanasen

el santo Cristo, sino que seguros le llevasen á colocar á su convento; bajando por el puerto de Chamacuero, dos leguas de la Villa de San Miguel en un arroyo muy profundo que baja de unas serranias, salieron de emboscada muchos Chichimecas con arco y flecha dando voces y alaridos; y embistiendo à los dos religiosos, los soldados se retiraron dividieron y apartaron, cual suele el monton plebeyo á la furia del toro agarrochado; y haciendo la presa en los corderos hallaron al P. Doncel hincado de rodillas, con el Cristo en las manos, predicándoles su doctrina y al compañero ni más ni ménos á su lado; y como lobos voraces y tigres de Hircania, los hicieron pedazos, siendo su inocente sangre alimento de su furor, quedando el P. Doncel muerto, abrazado con el Cristo de rodillas y su compañero un poco apartado. Luego los desnudaron y echaron suertes sobre sus hábitos, como el fariseo sobre el de Cristo, y poniéndoselos los Chichimecas daban carreras y voces, haciendo escarnio de las pieles de los corderos y formando escaramuzas, les decían los improperios que formaba su inculta capacidad. Despues llegando à los santos cuerpos, les aserraron las cabezas y quitaron el casco redondo con las coronas y se los ponían á modo de casquetes, haciendo de

las coronas la burla, que la envidia hace del bien ageno. Pero (oh bondad de Dios!) si les quitaron las coronas de las cabezas les dejaron en su lugar las del martirio para que con ellas adornasen los blasones de la fé y pregonasen sus trofeos con los escritos de su sangre.

Un soldado de los de la escolta, que al asalto se escapo á uña de caballo llegó tan mal herido á la villa de San Miguel que dando el aviso del martirio murió luego. El Beneficiado, con todo el pueblo salió en persona por los cuerpos al mismo arroyo donde los hallaron hechos pedazos, al padre Doncel á los pies del Cristo y á su compañero á un lado. Y poniéndolos en unas mantas los llevaron con grande acompañamiento y al santo Cristo rubricado con la sangre de sus siervos, le llevo el Beneficiado en sus manos. Llegados á la villa de San Miguel dieron sepultura á los cuerpos, con sumo gozo de su Republica, y al Santo Cristo lo remitieron á la villa de San Felipe, donde está hoy con suma veneracion. Después de algunos dias los soldados que recorrian la tierra encontraban la cuadrilla que habia cometido esta crueldad, y veian que

los magnates de ella traian puestos los hábitos y coronas en su propio casco, por despojos de su crueldad. Cuya memoria está hoy escrita con la sangre de estos mártires en las piedras de aquel arroyo; y así se llama el Arroyo de los Frailes Mártires.



los barones de ella traxeron los hábitos
y coronas en su propio casco por despojos de
su creyda. Cuya memoria está hoy escrita con
la sangre de estos mártires en las piedras de
aquél arroyo y en el llamo el Arroyo de los
Santos Mártires.

CAPITULO II.

DEL MARTIRIO DE LOS SIERVOS DE DIOS
FR. LUIS DE SAN FRANCISCO Y FR. BÁRTOLOMÉ
DE SANTA MARÍA.

Fué el siervo de Dios Fr. Luis de San Francisco, natural del Japon, hijo de uno de aquellos que padecieron en la primera persecucion con los protomártires del Japon, Fr. Pedro Bautista, y como quedó niño Luis Sansanda (que así se llamaba en el siglo,) se crió en el convento de Nangasaqui, donde aprendió á leer, escribir y la gramática, cuya tutela y educacion miró con particular afecto. El V. P. Fr. Luis Sotelo, comisario del Japon y persona de tan gran-

des partes y santidad, que puso en él los ojos el rey Boju para que en todo el Japon predicase y convirtiese los que pudiera, y para que mejor se consiguiese fin tan soberano, le envió con su embajador á la Santidad de Paulo V y á la majestad catolica de Felipe III, pidiéndoles ministros y ofreciéndoles de su parte los reconocimientos justos. Partióse del Japon para nuestra España y trájose consigo á Luis Sansanda hasta la Nueva España, donde le llamó Dios, y le dispuso como racimo para el lagar, en la religion donde le habia creado. Tomó el hábito de N. P. S. Francisco, en la ciudad de Valladolid, cabeza de la Provincia, y aprobó en el año de noviciado, con la valentia de espíritu que prometian sus esperanzas. En este ínterin hizo el santo Sotelo su viaje á España y Roma, y volvió con tan próspero suceso como lo tuvo en el expediente de ambas Magestades, y halló ya profeso al santo Fr. Luis de San Francisco, que así se llamó en la profesion, y tan grande religioso en la virtud, que era el espejo de aquel tiempo y el Benjamin celebrado de la Provincia. Tratando pues de embarcarse para el Japon el santo Sotelo, envió á Valladolid por el santo Fr. Luis y le llevó consigo, prometiéndose de su virtud que haria mucho fruto entre los de

su nacion. Hiciéronse á la vela y llegaron al Japon cuando ya era muerto el rey Borju, y gobernaba otro acérrimo enemigo de la fé, con que cesarou sus esperanzas y empezaron sus aflicciones.

En este tiempo el santo Fr. Luis se fué á la provincia de las Filipinas y se ordenò de sacerdote para estar aptos en todos los actos de su ministerio. Pero como todo estaba revuelto, no pudieron hacer cosa, porque luego los prendieron en la ciudad de Vomura, donde padecieron infinitos trabajos, hambres y persecuciones, en prision tan larga, y todo lo llevaron, como si aquella oscura cárcel ó jaula asquerosa, fuera silla de descanso ó cama muy regalada.

Viendo, pues, el maldito rey que no podia extinguir aquellas luces, sino como el sol en la rectitud de su curso no daban un paso atrás; mandó quemarlos vivos á fuego manso. Promulgada la sentencia, se alegraron, como quien veia tan cerca la corona y empezaron á dar nuevas alabanzas á Dios por el beneficio con que les premiaban sus trabajos. Hicieron los ministros una grande hoguera y pusieron tres palos para los tres mártires, que padecieron en aquella ocasion. El uno para el santo Fr. Luis Sotelo, el otro para el santo Fr. Luis de Nangasaqui,

Donado: tres Luises en dia de San Luis rey de Francia, que fué à 25 de Agosto de 1624, son los que padecen y se coronan en Vomura. Sacaronlos por sus calles y llevàronles al suplicio, donde puesto cada uno en su palo y amarradas las manos por detras empezaron á encender el fuego mansamente, y los cordeles de nuestro Fr. Luis de San Francisco á quemarse. Así como sintió las manos sueltas las cruzó por delante como religioso, à pesar del fuego, y yendo por medio de él hácia el santo Sotelo, se hincó de rodillas sobre las brasas vivas y le pidió su bendicion como á su prelado; él se la echò y entonces se levantó con la misma compostura, se fué á su palo y volviendo las manos atrás, levantó la cara al cielo y le dió el alma que tan merecido la tenia. Cedan aquí vergonzosos sufrimientos de los Scévolas y Porcias y los niños del horno babilonio; reconozcan en nuestro Luis los mismos pasos que los hicieron á ellos famosos en los siglos, para que viéndole pasear en el fuego como ellos, no se levanten con la corona sin reconocerla en nuestro Luis, que es la que enriqueció su provincia, retornándole con las glorias de santo, las que él tuvo por hijo de tal madre.

Fr. Bartolomé García, tomó el hábito en el mismo convento de Valladolid, provincia de Michoacan, y aprobó por los mismos pasos que el santo Fr. Luis, como quien habia de seguirlos hasta el Japon y morir como él. Profesó para lego y se llamó Fr. Bartolomé de Santa María y trató luego de partirse al Japon, y alcanzada la licencia se embarcó en tan buena hora, que llegó con próspero suceso, donde fué preso y padeció infinitos trabajos, hambres y tormentos, y luego en la persecucion siguiente le martirizaron y quemaron vivo á fuego manso, donde acrisoló la valentía de su constancia, y la coronó con los lauros del martirio que fueron los que buscó desde que tomó el hábito.

No escribo más por extenso el martirio de este siervo de Dios, porque la informacion que envió un Obispo de los de allá se ha perdido, y así, no pongo el año y dia contentándome solo con darle esta memoria á la Provincia para que se goce con sus hijos.



CAPITULO III.

DE LAS VIDAS DEL P. FR. SALVADOR HERNANDEZ
Y DEL P. FR. JUAN DE OCAÑA.

Padre Fr. Salvador Hernandez. Fué natural de las islas de Canaria, y empleó los años juveniles en el Arte náutico, siendo gran piloto, y en el de la milicia siendo gran soldado, donde los estruendos y peligros, le hacian tan buena consonancia, como la bonanza en las armas, por ser de ánimo valiente y resolucion señora; porque como el blanco que miraba era la fé de Jesucristo, nada se le ponía por delante, y así triunfó de los peligros como cada uno de aquellos seis capitanes que refiere el Apóstol, David, Gedeon,

Sanson, Samuel, Jepte, y Barac, por cuya defension embistieron escuadrones, y les hicieron volver las espaldas. "Per fidem vicerunt requejugaverunt aciem gladii, fortes facti sunt in bello" Esta victoria cantó nuestro Fr. Salvador Hernandez, no solo de los enemigos que por el mar surcaban las aguas, ambiciosos del despojo y pillaje que tan caro les ha costado, y tambien de las tormentas, sino del mismo demonio á quien venció con el mismo denuedo, haciéndole volver las espaldas al volvérselas él, y tomar el hábito de nuestro padre San Francisco en el convento de Tzintzúntzan, donde en el año de la aprobacion reformó el espíritu, con tan grande perfeccion que parecia el piloto de la observancia, y que con su ejemplo guiaba y enseñaba los rumbos más ocultos del espíritu. Despues que profesó estudió Artes y Teología, y salió tan consumado Teólogo, que pudiera regentar lo más reñido de las escuelas: y lo que más admiraba era la facilidad en tantos años, que eran más de cuarenta los que tenia, cuando tomó el hábito, pero venció su gran talento los defectos de tiempo y anticipó cuidados á los términos de la edad y salió con cuanto quiso.

Hecho ya un gran Predicador y excelente Teólogo, atendió á que el fruto principal de su

vocacion, era la administracion de los sacramentos á los indios, y así desde luego se puso á estudiar las lenguas que se administran en la Provincia, que son la Tarasca, Mexicana y Otom y las aprendió con tan gran perfeccion y latitud que parecia que algun angel se las habia infundido; y así las administró y predicó como un Apòstol; y porque no le quedase nada por saber y fuese consumado ministro, aprendió canto llano y de organo y juntamente tecla, con tan grande destreza que enseñó á muchos indios el canto. Fundo capillas y reformó las que estaban, enseñando en todos los Conventos á tocar el órgano, con que dentro de poco tiempo se le debió á este siervo de Dios, toda la música de la Provincia: sobre todo esto, era observantísimo varon y particularmente se extremó en dos virtudes que fueron la contemplacion y abstinencia, y así no comia sino de veinticuatro á veinticuatro horas, muy templado, por ocuparse todo en la oracion. Murió en el Convento de Querétaro, donde está enterrado, con opinion de santo.

Padre Fr. Juan de Ocaña. Tomó el hábito en esta Provincia, siendo Clérigo y muy docto en cánones, y tan gran latino como su maestro, Juan Latino. Estudió la lengua tarasca y salió gran ministro y muy observante de su regla. Toda

su vida anduvo á pié mientras fué fraile, que fueron más de cuarenta años, y en todo este discurso no le conoció transgresion de la regla. Al cabo de este tiempo enfermó en el Convento de Uruapan, y estando en lo último de su vida, en presencia de todos los Religiosos, se arrojó con tanta fuerza que parecia que echaba llamas de fuego por el rostro, y al cabo de un cuarto de hora volvió en sí con tanta alegría que se volvió á los religiosos y les dijo *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. A descansar me voy, yo encomendaré á Dios á vuestras reverencias, y luego al punto espiró, siendo de más de setenta años de edad.



CAPITULO IV.

DEL PENITENTE P. FR. ANTONIO PEREZ.

Fué este penitente varon en el siglo muy rico y poderoso, y hallando entre las glorias de la vanidad y deleite tantos desengaños, trababa entre su resolucion y miedos una competencia que de dia y de noche le inquietaba; y equivoco entre el amor de sus riquezas y deseos de salvarse, no acababa de resolverse, hasta que le salió el sol en medio de las tinieblas, y deshaciendolas, le mostró el cielo seráfico, donde conoció el Oriente de sus dichas, y así se determinó á tomar el hábito de nuestro P. S. Francisco